

Tres preguntas, dos libros, una reflexión

por **Fabricio Caivano**

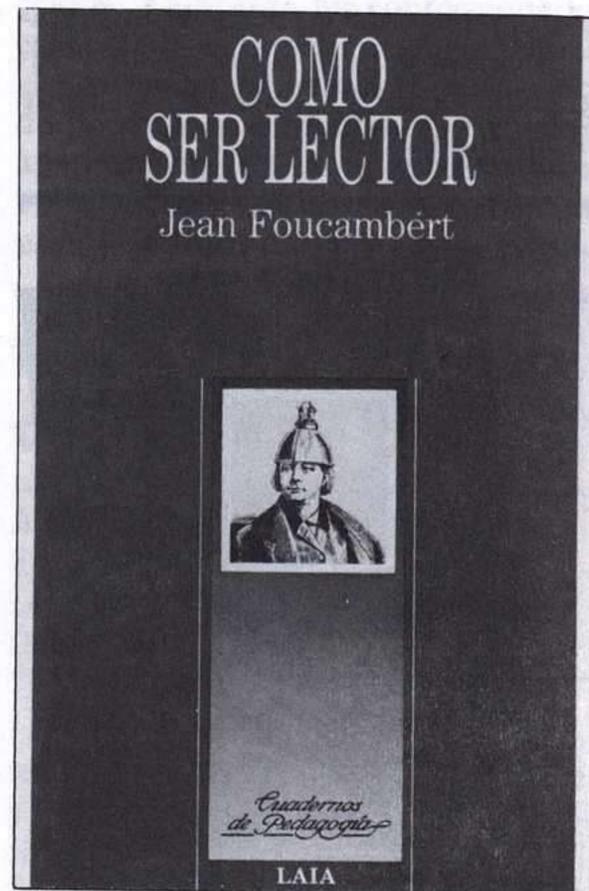
Qué es un niño? Primera pregunta para la que nada vale el sentido común, tan apegado a no interrogarse ante nada y a repetirlo todo.

¿Cómo se llega a ser lector? Esa es una cuestión nada simple si se entiende que no hace sólo referencia a cómo se aprende a leer.

¿Qué libros han de leer los niños? Otra cuestión que, a pesar de su incorrección e inconcreción, nos empeñamos en contestar sin mayor preocupación. Va siendo ya hora de multiplicar los interrogantes, de hacer las cosas algo más complejas. Esta reflexión, que se apoya en dos recientes libros⁽¹⁾, trata precisamente de evitar la inocencia de las respuestas fáciles, hechas y envejecidas. Su objetivo es sencillo: complicar tres cuestiones inocentes.

¿Cuándo se deja de ser niño?

Primera cuestión que conviene revisar. Parece irreversible que la infancia ya no es lo que fue. Las porciones en las que tradicionalmente el tiempo del individuo se troceaba —niñez, adolescencia, edad adulta— están modificándose. Esta mutación no sólo es cuantitativa, sino cualitativa. Efectivamente, a causa de una concurrencia de rápidos cambios sociales,



tecnológicos y culturales principalmente, los tiempos de socialización, aprendizaje e integración son hoy distintos de ayer, y probablemente diversos de mañana.

Sin embargo, la consideración psicológica de la infancia y de la adolescencia continúa cerrada en la tipología tradicional, con algunos retoques

a lo sumo. Las instituciones de educación —la escuela, en primer lugar— imparten su mensaje y transmiten sus contenidos como si el mundo permaneciera anclado en un armónico e intemporal espacio decimonónico.

De esa vieja consideración de la niñez y de la adolescencia tampoco escapa la industria cultural. Son, paradójicamente, los niños y los jóvenes quienes muestran sus intereses y deseos a las industrias simbólicas, mediante la adhesión a las nuevas vías de consumo audiovisual y electrónico. La música y la televisión, en primer lugar.

Para la vieja «galaxia Guttemberg» las cosas no marchan bien en relación con los niños y jóvenes. Ser lector hoy es opción esforzada, minoritaria. Hay quien afirma que la lectura tradicional, en soporte papel, es actividad en declive, y que el lector es una especie en rápida extinción.

Los editores han empezado a darse cuenta de que tienen una corresponsabilidad en la educación del ciudadano lector del futuro. Existen iniciativas, como el Programa Prensa-Escuela, que muestran esa preocupación por «hacer lectores».

¿Qué es un niño?

Los niños existen, se les ve a diario

acudir en masa a las escuelas. Son esos individuos bajitos, con mochila a la espalda y el ojo aún dormido que hormigean por las calles de buena mañana. Esa identidad física reconocible —un niño es un niño— permite establecer algunas estrategias culturales relativamente estables. Existe, así, entre otros productos, una literatura infantil. Pero compliquemos la cuestión. ¿Cuándo se deja de ser niño?, ¿qué indica, hoy, el inicio de la juventud?, ¿cuándo finaliza la juventud y qué comienza tras ella?

Comencemos por señalar una verificable evidencia. Niños y adolescentes se encuentran sumergidos en un espacio cultural audiovisual común. Las nuevas y poderosas máquinas culturales electrónicas están abiertas así sin límite de tiempo y/o de contenidos a niños, preadolescentes y adolescentes. Ciertamente es que, como es lógico en seres aún inteligentes, aprenderán pronto a acomodarse a sus capacidades e intereses el consumo de programas.

Por el momento —y salvo honrosas excepciones basadas en investigaciones rigurosas— el discurso defensivo es hegemónico. Ver la televisión es esencialmente malo. Niños y jóvenes no leen más, triunfan en la escuela o son unos asesinos en potencia o de facto, porque ven mucha tele...

Este planteamiento, basado en una aproximación exterior y cuantitativa de la conducta «ver la tele», hunde sus raíces en un elitismo cultural más o menos inconfesado y bien intencionado.

La convergencia de factores nuevos (como el citado universo simbólico común para niños y jóvenes), la presencia de otros que ni tan sólo son explícitos (la existencia de subculturas infantiles/juveniles condenadas al ostracismo hasta su rescate y dignificación, como el caso del cómic o del rock) y, finalmente, la pervivencia de una obsoleta mirada institucional de la escuela hacia los sujetos en edad de aprendizaje, conduce a que las mutaciones psicológicas a que niños y jó-

venes están sometidos, pasen desapercibidas o sean silenciadas. ¿Cómo afectan estos cambios a la lectura?

¿Qué es leer?

Entremos ahora en la segunda evidencia. Ante todo de una manera precisa: reforzando el viejo equívoco de la cultura decimonónica.

La cultura es el libro; la lectura es la expresión exterior de esa excelsa condición cultural. Leer es, entonces, acceder al código mediante el que se puede penetrar en ese universo cultural. Claro está, hay quienes no quieren acceder a ese edén letrado. Parece



preciso, a estas alturas tecnológicas, desentrañar las ambigüedades de esa interpretación interesada —y a menudo corporativa— de la cultura. Sus consecuencias son incalculables, justamente entre los niños y jóvenes, puesto que ellos deben *obligatoriamente* mostrar en la escuela si quieren o rechazan los beneficios de esa única cultura. Los flagrantes datos acerca del mal llamado fracaso esco-

lar y la relación de éste con los aprendizajes del habla, la lectura y la escritura, debieran bastarnos para emprender esa incómoda tarea de revisión.

Ese es el objetivo del libro *Cómo ser lector* de Jean Foucambert. Se trata de un texto de 1976, al que se le han añadido un par de artículos de menor entidad, que circulaba en una edición francesa en ámbitos restringidos (*La manière d'être lecteur*. Editions MDI).

Este texto aporta algunas clarificaciones absolutamente imprescindibles para remover las viejas rutinas escolares que identifican enseñanza y aprendizaje, lectura y descifrado, lectura en voz alta y oralización. Sobre estos malentendidos concretos se apoyan aquellas ambigüedades culturales a que aludíamos anteriormente. La línea de reflexión que se apunta en el texto, continuada en más recientes análisis de la «sociología de la cultura», supone un repaso a los tópicos en los que se basa naturalmente qué cosa es leer, el aprendizaje y la enseñanza de la lectura, desde los dos hasta los once años, en los espacios materiales en los que la lectura se efectúa.

¿De qué modo nos explicamos que un niño aprenda a leer? Esa es la cuestión central de la que se derivan todas las demás. El libro de Foucambert ofrece una respuesta lúcida, compleja y también implacable con las prácticas habituales.

Una vez complicada la segunda cuestión —qué es leer— conviene enmarañar un poco la tercera. Para ello usaremos de una fácil paradoja. En vez de hacernos la habitual y tranquilizadora cuestión de qué libros han de leer los niños, la invertiremos a efectos de análisis.

¿Qué niños han de leer los libros?

Ese es el camino, no el inverso. Una vez que se conoce —aproximadamente— a un niño o a un joven, un adulto puede estar en condiciones de aventurar la probabilidad de que tal

o cual libro —que él deberá haberse leído una vez al menos— podría convenir a un niño real y en su momento concreto, independientemente del dato accesorio de su «edad cronológica». ¿Es esto posible y aun útil? Lo es, sin duda, mucho más que la corriente práctica de asignar libros no leídos a niños desconocidos. Claro está, deben asumirse esas dos molestias adicionales: conocer al niño/joven y amar a ese libro... O viceversa.

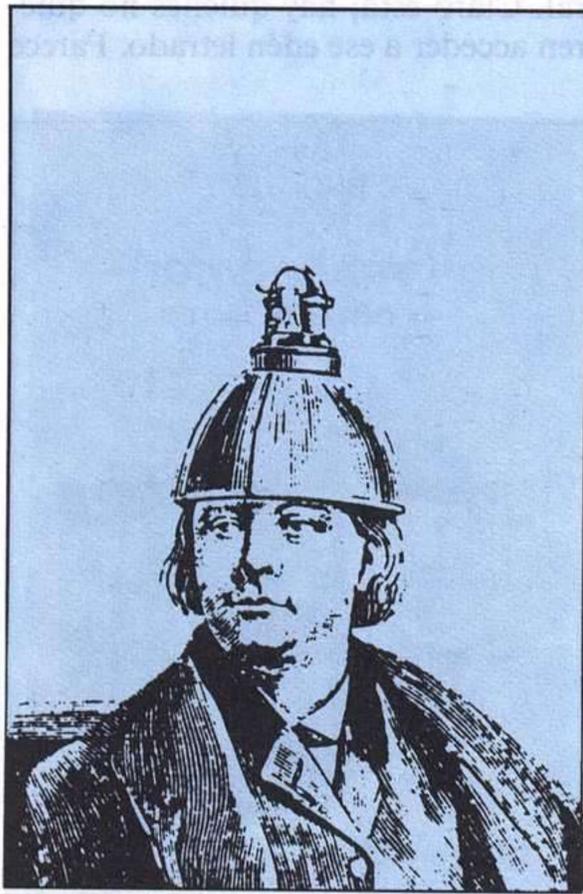
Esa vía puede ensayarse en la escuela, si ésta permite y facilita ese conocimiento próximo, afectivo además de cognitivo, de los alumnos. Un buen maestro —y los hay, a pesar de las exigencias absurdas de una escuela sin respiro— suele experimentar este método. Se trataría de hacerlo a fondo, asumiendo sus premisas y consecuencias. Para ello convendría también saber que ningún niño se cree niño. Niño es aquél que está en un curso anterior. Mayor es aquél que pertenece a cursos posteriores. Eso es el tiempo que aprenden, aunque no se lo enseñemos, el que niega el presente y escapa hacia un futuro prometido siempre.

¿Y los jóvenes? ¿Qué es de su literatura? Si los niños desean alcanzar pronto la edad inmediata; si los adolescentes esperan transitar deprisa hacia la juventud... los jóvenes se enfrentan al túnel interminable de un tiempo sin anclajes vivenciales sólidos. ¿Puede haber literatura sin experiencia? ¿Hay algunos libros para ellos?

En el terreno de la literatura juvenil se ha producido un notable cambio, aunque también es cierto que sólo ha afectado al núcleo temático. Hoy todos los temas se abordan en los libros que se escriben *para* los jóvenes.

Sin embargo, al igual que para los niños, las etapas psicológicas tradicionales, las fronteras entre edades, condiciones e intereses se tambalean. Aumentan los libros para jóvenes, pero escasean los textos de calidad literaria que aborden la aventura de

abandonar la niñez. Parecería más razonable disolver esa pretendida especificidad de la literatura juvenil en el océano de la buena literatura. Pero lo razonable tropieza a menudo con la testarudez de los hechos, enraizados sólidamente en la tierra de lo cotidiano. Al menos podrían ensayarse estrategias para que alguna ola atrevida remontara los cauces de ese riachuelo de las lecturas para jóvenes. ¿Cómo? Una sugerencia: antes que sentarse a pescar catálogos en las orillas del río de la literatura con adjetivos, zambu-



llirse en las aguas de la literatura a secas.

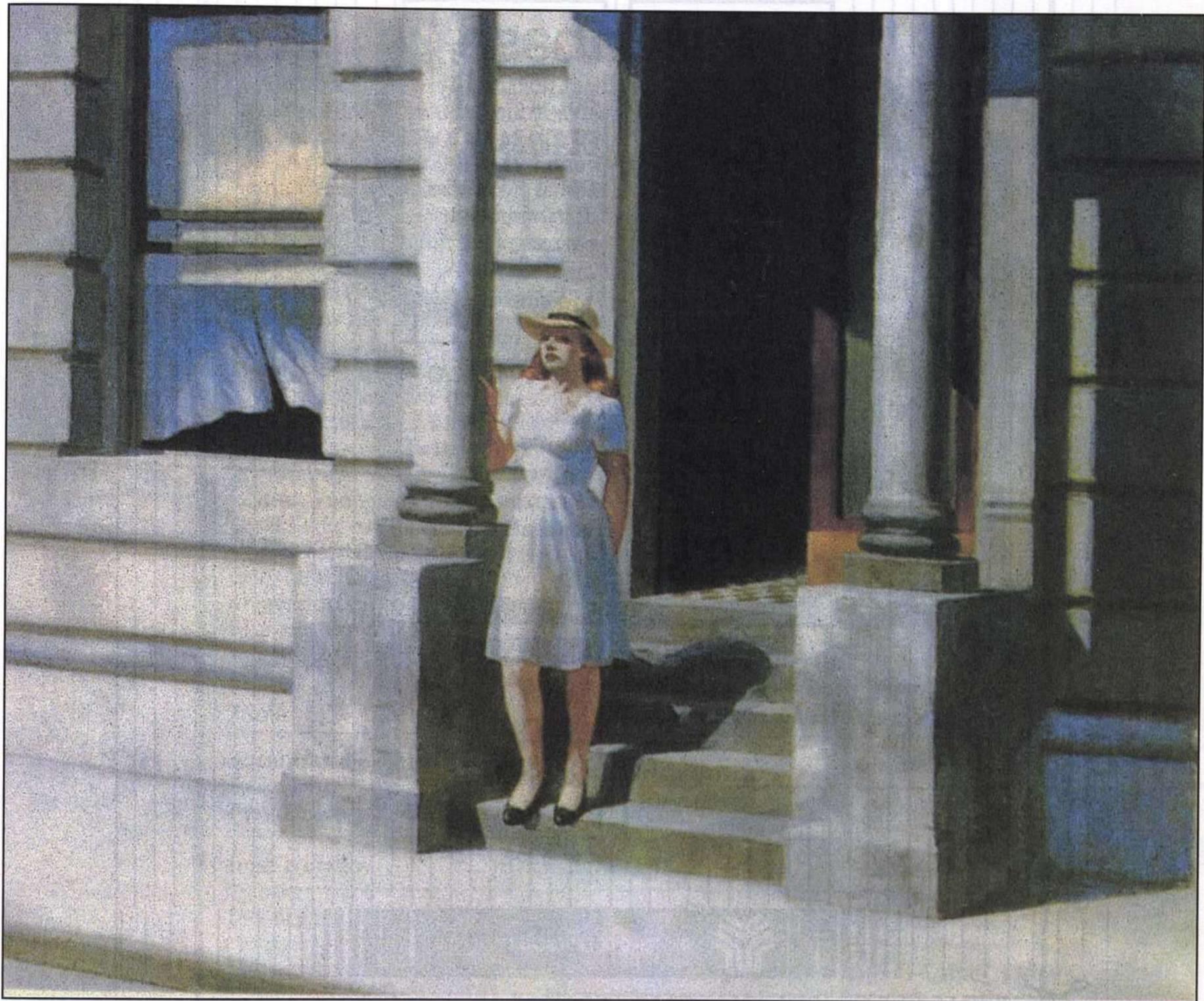
Aquí conviene recordar esa inversión: qué joven, qué libro. Un profesor puede atreverse a ese juego si las rutinas corrientes lo dejan insatisfecho. En efecto, el adulto que, por obligación profesional y/o por pasión, trate de contagiar el placer de leer a otros más jóvenes que él, deberá en primer lugar, y mucho antes que conocer qué libros, esforzarse en conocer qué jóvenes son esos... Sumérjase luego en la lectura, bucee en todas

las aguas hasta que llene sus redes de buenos libros en busca de ese lector joven que pasea su juventud entre aulas, pasillos y ensueños silenciosos. ¿Tarea imposible? Más lo es la de bajar títulos y repartir textos en función de la edad. ¿La edad de quién? Bien vale la pena el riesgo de ensayar este juego. ¿Cómo comenzar?

A modo de ejemplo

Hágase la prueba, por ejemplo, con el libro —¿para «mayores»?— de Harold Bordkey, *Primer amor y otros pesares*. Todo profesor sabe qué hierve detrás de la esfinge de «sus» preadolescentes y adolescentes (nótese que digo todo profesor, no todo funcionario docente). El problema es —como quedó dicho— elegir lectores, hacer que se acerquen reposadamente a ciertos libros escritos también para jóvenes, porque contienen una parte de esa sinfonía inacabada de la que ellos forman parte en este preciso momento.

Lean los cuentos de Bordkey. El fulgurante encuentro con el amor (sin la melaza moral tan habitual en la literatura juvenil) que ilumina el relato «Educación sentimental», o la precisión de sentimientos que encaja las percepciones de un niño entre los sueños y esperanzas de su hermana y su madre en «Primer amor y otros pesares» (que da título al volumen), o la minuciosa geometría de la amistad, entregada y contradictoria, entre dos adolescentes en un viaje hacia un desconocido continente: ellos mismos («La pelea»); y también en «El estado de gracia», el relato de la fulgurante proximidad entre un niño de trece años y otro de siete en un mundo de adultos distantes... El amor y la amistad, también la vida matrimonial o la maternidad, no son soporte para colar de contrabando alguna mercancía moral que asfixie el respiro literario del texto. Son, por el contrario, escenarios en los que habitan seres humanos cargados de su irrepetible contra-



EDWARD HOPPER. 1943

dictoriedad. Literatura, o sea, textos también para jóvenes.

Final feliz

Si fuéramos capaces de obtener una primera niñez que se acercara pausada y armoniosamente al deseo de narrar, hablar y leer, no sería descabellado suponer que, ya en ese otro tiempo en que la nostalgia es una memoria de lo que fuimos (niñez o se llame como se llame) y a la vez el deseo de llegar a ser de otro modo (juventud o adolescencia), si fuera eso po-

sible, leer se constituiría en una manera de asomarse a contemplar las riquezas de uno mismo y del mundo. Una manera más, por supuesto, pero esa vía privilegiada que nos rapta del tiempo y nos transporta hasta su total ausencia. Leer es eso o no es más que descifrar un jeroglífico ajeno de tan habitual.

Partiendo de tres evidencias cargadas de ambigüedad —qué es un niño, qué es leer, qué niños leen qué libros— hemos llegado, de la mano de dos libros, a esta colección de inquie-

tudes nuevas, de nuevos interrogantes y de viejas aspiraciones. No es poco para este viaje, si es que acaso el lector llegó hasta aquí. Ahora debe empezar su aventura en busca de niños, jóvenes y, finalmente, de algún buen libro. ■

(1) Jean Foucambert, *Cómo ser lector*, traducción de Núria Fabrés, col. Cuadernos de Pedagogía, Ed. Laia, Barcelona, 1989. 1 500 ptas.

Harold Brodkey, *Primer amor y otros pesares*, traducción de Enrique Murillo, col. Panorama de narrativas, Ed. Anagrama, Barcelona, 1989. 1 100 ptas.